

Dos miradas

La vida

JOSEP MARIA **Fonalleras**

Hay hace un año escribí sobre la ceremonia que cada 22 de diciembre un grupo de amigos oficia en el Cinema Truffaut de Girona. Este año repito, porque son fechas de celebración y de ceremonias que se repiten, la esencia misma de la Navidad. Volver al puerto donde estamos a salvo de las embestidas y pensar que podremos llegar otra vez porque siempre es el mismo puerto, dispuesto siempre a recibirnos antes y después de los baches. El secreto es la repetición de las cosas, que tanto nos acerca a una fugaz felicidad como a la losa que nos aplasta cuando comprobamos, más allá de la rutina anual, que nunca nada es igual y que es ahora cuando las carencias justamente se hacen más visibles. La ceremonia del Truffaut consiste

en proyectar *It's a wonderful life*, la sensacional película de **Capra** que narra la bondad recompensada. Cada vez que la veo pienso que es mejor que el año anterior, más sutil y más nítida a un tiempo. Y vuelvo a llorar con este ejercicio virtuoso que consiste en definir el bien sin caer en la simpleza, con una estructura que combina la lágrima y el humor, el cuento y la reflexión social. Es el único cine del mundo que la proyecta cada año. Como dijo **Ángel Quintana**, uno de los responsables, «quizá no pasaremos a la historia, pero, si pasamos, que sea por eso». Y cada año, en medio de los habituales que mantienen la tradición, hay espectadores nuevos que descubren la desazón y la desesperación. Y la serenidad y la esperanza. ≡



Los tóxicos

EMMA **Riverola**

Se puede acusar a **Pedro Sánchez** de impreciso respecto a la situación catalana. En el caso de **Quim Torra**, la veleidat produce mareos. También muta el movimiento independentista. Ahora me atrincheró en la exigencia. Ahora abro la puerta con displicencia. ¿Tenemos que rasgarnos las vestiduras ante tanta incoherencia? La situación es indigna para los que pretenden observar el panorama desde la atalaya del orden. Pero, ¿cómo pueden alzarse torres sobre una tierra convulsa? Primero es imprescindible aterrizar el mundo simbólico en el que nos instaló el 'procés'. Resulta pasmoso oír a algunos acérrimos defensores de la DUI *fake* acusar a **Sánchez** de caer en el simbolismo

por el bautizo del aeropuerto. Al menos, los aviones son reales. «¡La república no existe, idiota!», replicó indignado un mosso. El principal valor del 21-D ha sido su pedagógico baño de realidad. Ser consciente de los límites. También del peligro de ignorarlos. ¿Cuántos padres miraron a sus hijos adolescentes preguntándose si se sentirían tentados de embozar su rostro? La inmensa mayoría que ha estrenado una camiseta cada Diada abomina de la posibilidad de una deriva *kale borroka*. Los voceros tóxicos de la crispación han fracasado. Tanto los que deseaban otro 1-0 que volviera a unir, activar y ampliar el independentismo, como los que deseaban un terremoto para fulminarnos con el 155. Algo es algo. Y no es poco. ≡

El laberinto del estado de ánimo

La manía de la felicidad

Es más fácil convenir qué es lo que nos hace infelices que aquello que hace que nos sintamos felices

MIQUEL **Seguró**



Vivimos en una permanente exigencia de felicidad. Se considera lo obvio, lo normativo, lo que debe ser, un imperativo a veces cercano a la «manía», que el *Diccionario de Psicología* de **F. Dorsch** caracteriza como «una euforia y autovaloración exageradas con una marcada impulsividad y aceleración». Lo óptimo se ha convertido en lo ordinario. Hay que sentirse colmado y rebosante de felicidad, y además transmitirlo. Lo contrario genera paternalismo o condescendencia. «Venga, ánimo», «mírale el lado positivo», «sonríe». Eso en el mejor de los casos, porque también puede comportar una distancia o silencio culpabilizador. «Siempre está igual. Parece que no quiera salir de ahí».

producen después de las vacaciones, a lo que hay que sumar que ya no solamente existe el estrés posvacacional, pues se habla del estrés vacacional, del agobio que produce dejar la rutina del día a día para entregarse al supuesto placer del *dolce far niente*. Por no hablar de las fiestas navideñas, que son un catalizador de experiencias familiares de todo tipo.

Dando por supuesto que exista «la felicidad», que se trate de algo definible, alcanzable y, por supuesto, compartible, sorprende que en este universo de posverdades disponibles y de asumido bufet libre de experiencias y virtualidades de todo tipo aún vivamos en la necesidad de esconder la realidad de la incomodidad y la desdicha.

Decía el filósofo alemán **G. W. Leibniz** que «vivimos en el mejor de los mundos posibles», una afirmación en ocasiones malentendida y ridiculizada. Sí, demasiadas cosas son manifiestamente mejorables, y como tenemos interiorizado eso de que «si quieres, puedes», si no puedes, es porque en el fondo no quieres. Y claro, ese supuesto poder de regir, como si nuestra vida fuese un *Show de Truman* cuyo director somos nosotros mismos, genera una falsa sensación de control que enmascara parte de la realidad.

Tampoco hay que irse al otro ex-



del tedio, del aburrimiento o de la infelicidad funciona a modo de profecía autocumplida. Creyendo huir pavorosamente de ello lo vamos fortaleciendo, confirmando que nos es insoponible (si no, ¿por qué huir?). Habrá quien prefiera a **Aristóteles**, a **Séneca**, a **Spinoza** o a **Stuart Mill**, con **Epicuro** como trasfondo, pero en

tremo y asumir que si todo puede ir mal, acabará peor. Se puede gozar de la vida y aspirar a mejorar la situación cuando esta es adversa. Pero de ahí a vivirlo todo con alegría, va un trecho. Hay sucesos que son claramente indeseables, que no ayudan, que no ofrecen ninguna oportunidad y que más vale pasarlos con el menor daño y la mayor celeridad posibles. Eso también es real.

POR ESO es más fácil convenir qué es lo que nos hace infelices que felices. **Judith Shklar** escribe en su *Liberalismo del miedo* que la política debe priorizar la lucha contra lo malo. Y es en este punto donde hay que preguntarse si el peso de la exigencia de tener que ser felices *sine qua non* forma parte de ese catálogo de males que nos asolan. Parece paradójico: todos queremos ser felices, nos es constitutivo, pero al convertirlo en imperativo abonamos el campo de la frustración, que es lo que más tememos.

El deber de desterrar la posibili-

dad del tedio, del aburrimiento o de la infelicidad funciona a modo de profecía autocumplida. Creyendo huir pavorosamente de ello lo vamos fortaleciendo, confirmando que nos es insoponible (si no, ¿por qué huir?). Habrá quien prefiera a **Aristóteles**, a **Séneca**, a **Spinoza** o a **Stuart Mill**, con **Epicuro** como trasfondo, pero en todos estos casos, la felicidad, como la vida, es una tarea, siempre en tránsito. Ni llega sola ni aparece por arte de magia, y en todo caso se refiere a momentos concretos y a una cierta conformidad anímica y aceptación de que pocas cosas se controlan. Tiene más de autopercepción que de dádiva, quedando siempre abierta la cuestión de si en el fondo no es otra cosa que ausencia de problemas, porque hasta de las más grandes experiencias uno puede acabar hastiado.

Puede que suene pesimista, aunque dice el dicho que «pesimista es el optimista bien informado». Se opte por el pesimismo o el optimismo, en todo caso «arrieros somos y en el camino nos encontraremos», así que de lo que no hay duda es de que nos conviene tener una o varias manos amigas en las que apoyarse cuando las cosas se tuercen. Eso sí que, felizmente, depende de nosotros. ≡ **Profesor de la UOC. Investigador de la Càtedra Ethos (URL).**

Cultura popular

CARE **Santos**



Bibliotecas de aniversario

Durante el 2018 hemos celebrado el centenario de la creación de la Xarxa de Biblioteques Populars de Catalunya, el proyecto cultural más ambicioso de la tan poco reivindicada Mancomunitat catalana. Un proyecto que, por primera vez, involucró a todo el territorio catalán y que nació con la intención de llegar a todos, en especial a los lugares más remotos y las gentes más humildes. Por eso, una de sus tareas más hermosas fue la creación de un bibliobús que iba de pueblo en pueblo con su carga de lecturas a cuestas y que debió de cambiar la vida de muchos de los habitantes de lugares apartados, donde nunca antes habían visto algo parecido. Paradójicamente, fue ese mismo bibliobús el que utilizó la Generalitat para poner a salvo a los escritores catalanes que tuvieron que huir a Francia en los últimos estertores de la República. Una historia, la de este vehículo, que

Quizá la ficción no tiene mayor sentido que cuando la realidad se vuelve insoponible

merece también una celebración. Y puede que hasta una novela.

En el 2018 hemos celebrado también el centenario del fin de la primera guerra mundial. Ambos centenarios guardan una estrecha relación, aunque no lo parezca. Con la participación de Estados Unidos en el conflicto, desembarcó en Europa una asociación que tendría una gran influencia en la biblioteconomía europea (y en la catalana): la American Library Association. Organizaron en el viejo continente un servicio de lectura pública que llevó libros a todos los frentes de la guerra, en todos los países. Literatura en medio de la barbarie y la muerte. Quizá la ficción no tiene jamás mayor sentido que cuando la realidad se vuelve insoponible.

También durante nuestra guerra civil, la Mancomunitat impulsó un servicio de bibliotecas del frente. Libros en castellano y en catalán. Los soldados podían hacer peticiones concretas, que recibían en pocos días. A veces, cuando los libros llegaban, el lector ya había muerto. Se sabe porque se conservan algunas de las peticiones, además de los diarios de las bibliotecarias. Otra historia preciosa que habría que contar más allá de esta columna. ≡